

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1990

ARCHIVO HISPALENSE

HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA





Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA
Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

ARCHIVO HISPANICO
BIBLIOTECA
ADMONICION

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 25 - 1958 I.S.S.N. 0210 - 4067

Impreso en Artes Gráficas Padura, S.A. - Luis Montoto, 140 - SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACION CUATRIMESTRAL

2ª EPOCA
AÑO 1990



TOMO LXXIII
NÚM. 222

SEVILLA, 1990

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2ª ÉPOCA

1990

ENERO-MARZO

Número 222

DIRECTORA: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ÁNGEL PINO MENCHEN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ISABEL POZUELO MEÑO

FRANCISCO MORALES PADRÓN

OCTAVIO GIL MUNILLA

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M.^a DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

JUANA GIL BERMEJO

ANTONIO MIGUEL BERNAL

CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1

TELÉFONO 422 28 70 - EXT. 213 y 422 87 31

41071 SEVILLA (ESPAÑA)

SUMARIO

ARTICULOS

Páginas

HISTORIA

- CANO PAVON, José M.: *La personalidad científica de Manuel María del Mármol y su contribución a la introducción de la ciencia moderna en Sevilla* 3
- JIMENEZ LOPEZ, Reyes: *Evolución económica del hospital del Amor de Dios (Sevilla)* 17
- RIVAS ALVAREZ, José Antonio: *Epitafios sevillanos del siglo XVIII* 47
- VIÑA BRITO, Ana: *Morón de la Frontera, señorío de los condes de Ureña* 75
- KRAUEL HEREDIA, Blanca: «*El último refugio de las libertades españolas*». *Testimonios ingleses sobre Andalucía en 1809* 95

LITERATURA

- LAURENTI, Joseph L.: *Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566): Fondos raros de tema americanista (siglos XVI y XVII) localizados* 129

ARTE

- QUILES GARCIA, Fernando: *La custodia de Santa María de la Mesa de Utrera y sus autores* 155
- VILELA GALLEGO, Pilar: *San Bartolomé de Sevilla* 173

BAENA GALLE, José Manuel: <i>Dibujos arquitectónicos del siglo XVII. Una propuesta de atribución</i>	185
MORENO ORTEGA, Rosario: <i>El retablo de Jesús Nazareno de Osuna. Aportación a la obra de Pedro Rol-dán «El Mozo»</i>	191
FERNANDEZ MARTIN, M. ^a Mercedes: <i>Aportaciones a la obra de los arquitectos José Alvarez y Antonio M. de Figueroa</i>	199

MISCELANEA

PLEGUEZUELO HERNANDEZ, Alfonso: <i>Nuevos datos biográficos sobre el pintor Ignacio de Rís</i>	207
GALINDO SAN MIGUEL, Natividad: <i>Una obra olvidada de Antonio Palomino en Sevilla</i>	213

LIBROS

Temas sevillanos en la prensa local	219
---	-----

Crítica de libros

CALVO POYATO, José: <i>La Guerra de Sucesión. Antonio Cruz Casado</i>	231
SOLIS DE LOS SANTOS, José: <i>Sátiras de Filelfo (Biblioteca Colombina, 7-1-13. Klaus Wagner</i>	232
<i>Catalogue of books printed in Spain and spanish books printed elsewhere in europe bifore 1601 now in the British Library. Klaus Wagner</i>	233
RIOS SANTOS, A.R.: <i>Vida y poesía de Félix José Reino-so. Juan Rey Fuentes</i>	234
BARRIOS AGUILERA, Manuel: <i>Libro de los repartimen-tos de Loja. Manuel González Jiménez</i>	237

«EL ÚLTIMO REFUGIO DE LAS LIBERTADES ESPAÑOLAS». TESTIMONIOS INGLESES SOBRE ANDALUCÍA EN 1809

INTRODUCCION

La invasión de España por las tropas napoleónicas y la resistencia popular que éstas encuentran van a provocar una fuerte conmoción en Gran Bretaña. Para los *tories*, de siempre opuestos a la Revolución, los sucesos de 1808 sirven para justificar su postura tradicional, mientras que los *whigs*, que no consideraban a Napoleón merecedor de las censuras que se le prodigaban, se ven desbordados por el carácter de la intervención francesa en nuestro país. Liberales y conservadores van a discutir acerca de si el Reino Unido debía intervenir o no en la crisis peninsular; también rivalizan en la producción de obras históricas sobre España en un intento de explicar por qué se había llegado a una situación de divorcio entre el pueblo y las élites rectoras, pues tanto unos como otros son conscientes del carácter *revolucionario* de los acontecimientos españoles; unos acontecimientos, por lo demás, que inflamarán la imaginación de los más famosos poetas románticos ingleses (1).

Como es sabido, habrá una intervención militar británica en la Península, la cual genera una cuantiosa literatura: casi medio centenar de relatos, en su mayoría de militares y que se caracterizan generalmente por la escasez de noticias sobre la España de la época. Esto no debe sorprender, dado que, según recuerda J. Alberich, la vida del soldado y su contacto con la población indígena, que huye, era mínimo; la fabulosas Sevilla, Granada y Córdoba resultaban inalcanzables para la mayoría de estos visitantes (2).

(1) He tratado esto algo más extensamente en mi libro *Viajeros británicos en Andalucía. De Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*. Málaga, 1986, págs. 72-74.

(2) ALBERICH, J.: *Del Támesis al Guadalquivir*. Sevilla, 1976, pág. 17.

Conviene tener en cuenta, sin embargo, que Andalucía fue la única parte del territorio español que durante algún tiempo escapó totalmente al dominio napoleónico (julio 1808-enero 1810) y donde, tras algunos titubeos iniciales, empieza a gestarse *the Spanish Revolution*. Para muchos británicos la región andaluza se convierte en la encrucijada donde se juega el destino de un continente y no pocos de ellos vendrán a visitarla en 1808 y 1809. Por Sevilla y Cádiz pasaría lord Byron en el curso de un *tour* que habría de llevarlo a Oriente, y en esta misma zona permanecerá durante algún tiempo lord Holland, el conocido hispanista (3). También acude otro tipo de viajero que es el que nos interesa aquí: se trata de aquel que viene a tierra andaluza con la intención de publicar luego la narración de sus experiencias, buscando, acaso, el influir en la opinión de sus compatriotas. Nos referimos, concretamente, a Robert Semple, sir John Carr y William Jacob (4).

De los tres, sólo sir John Carr puede ser considerado como un viajero profesional. Desconocedor de la lengua española, viaja acompañado y su estancia en Andalucía se caracteriza por su brevedad: llega al puerto de Cádiz el 18 de julio de 1809 y a fines de agosto ya ha salido de Granada con destino a tierras murcianas. En las páginas introductorias de su relato admite que había emprendido el viaje porque «cada pulgada de tierra que aún queda libre de la contaminación francesa no puede por menos que ser querida e interesante para los ingleses» (5). Los casos de Semple y Jacob son diferentes, pues se trata de hombres de negocios con ciertos conocimientos de nuestra lengua y que van a permanecer más tiempo en tierras andaluzas. El primero, de origen angloamericano y que ya había visitado anteriormente España, llega a Sevilla a principios de febrero de 1809 para abandonar el territorio andaluz por Cádiz a fines del mes de abril; en el prefacio de su obra, editada en diciembre de ese mismo año, señala que había querido observar personalmente los efectos de la crisis española en el tráfico con las colonias americanas, aunque éste es un tema que luego no aparece para nada en las páginas

(3) CHURCHMAN, Ph.: *Lord Byron's experiences in the Spanish Peninsula in 1809*. «Bulletin Hispanique» XI-1 (1909), 55-95; XI-2 (1909), 125-171. Henry R. Fox, Lord Vassall-Holland, líder de un influyente grupo *whig*, se mostró siempre deseoso de que se restauraran las libertades políticas en España. Amigo de Capmany y de Jovellanos, residió en Sevilla durante buena parte del año 1809. Su esposa, Lady Elizabeth, llevó un diario de su estancia en nuestro país. Cd. *The Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland*. Edited by the Earl of Ilchester. London, 1910.

(4) Mención aparte merece el relato de Lord Blayney, militar capturado por los franceses en octubre de 1810 y que permaneció recluido en Granada durante algún tiempo. Sus experiencias son útiles para conocer la vida andaluza durante el período de ocupación francesa, tema que queda al margen del presente trabajo. Cf. *Narrative of a forced journey through Spain and France as a prisoner of war in the years 1810 to 1814*. London, 1814, 2 vols.

(5) Cf. *Descriptive Travels in the southern and eastern parts of Spain and the Balearic Islands, in the year 1809*. London, 1811, pág. 2 y 3. La obra está dedicada a Lord Holland en su calidad de defensor de la causa española.

de la narración de su viaje (6). En cuanto a William Jacob, miembro de los Comunes por el partido conservador, recorrería Andalucía entre septiembre de 1809 y enero del año siguiente, pero nunca explica los motivos por los que había emprendido el viaje (7).

El propósito de este trabajo consiste en analizar las impresiones que los viajeros citados extrajeron al contemplar la situación que vive Andalucía en aquel momento. En sus narraciones respectivas figuran otros temas, por supuesto: son libros de viajes en el sentido más genuino y en ellos encontramos descripciones y juicios sobre la economía y sociedad andaluzas, sus costumbres, cultura y arte. Pero lo que nos interesa destacar aquí son sus puntos de vista acerca de lo que sucedía en Andalucía por aquellas fechas. A fin de cuentas, éste era el objetivo fundamental de los propios viajeros, que, entre otras cosas, deseaban comprobar si era cierta la especie propagada por los oficiales y soldados que servían en los ejércitos de Moore y sir Arthur Wellesley; a saber, que el pueblo español se mostraba desagradecido, cuando no hostil, a su aliado británico. En este sentido, el viajero civil tenía una clara ventaja sobre el militar: mientras que éste sólo ve teatros de operaciones y posibilidades de abastecimiento en las zonas por donde pasa, cuyos habitantes le miran con recelo y desconfianza, el viajero civil ve seres humanos y es contemplado, a su vez, como un hombre (8).

I. VIAJANDO POR UN PAÍS EN GUERRA

Nuestros viajeros acceden a tierra andaluza por caminos diferentes y siguen luego itinerarios distintos. Robert Semple llega vía Portugal y, tras cruzar la frontera por Elvas, marchará por la ruta siguiente: Badajoz-Monesterio-Sevilla-Carmona-Córdoba-Baena-Alcalá la Real-Granada-Alhama-Málaga-Gibraltar-Tánger y Cádiz. Por su parte, tanto sir John Carr como William Jacob arriban a Cádiz directamente desde el Reino Unido; a partir de aquí, el primero se desplaza de acuerdo con el itinerario siguiente: Cádiz-Sevilla-Puerto de Santa María-Cádiz-Gibraltar-Málaga-Granada-Baza, para pasar luego al reino de Murcia; en cuanto a William Jacob, éste permanecerá casi cuatro meses en el área Sevilla-Cádiz y en enero de 1810 realiza un viaje relámpago por Andalucía oriental, visitando sucesivamente Gibraltar, Málaga, Granada, Loja, Antequera, Ronda y Gibraltar, para volver a Cádiz, donde embarca para Gran Bretaña.

Al margen de la mayor o menor duración de sus correrías, todos ellos van a tener ocasión de contemplar las diferentes facetas de un país en guerra.

(6) Aunque luego silencia el tema en su relato. Cf. *A second Journey in Spain, in the spring of 1809*. London, 1809.

(7) *Travels in the South of Spain in Letters written A.D. 1809 and 1810*. London, 1811.

(8) Esta es la conclusión a la que llega el propio Semple al término de su viaje. Cf. *A Second Journey*, págs. 280 y 281.

Tendrán la oportunidad, asimismo, de tropezarse con personajes curiosos y de trabar conocimiento personal con los héroes del momento. Por último, y dentro del interés que la ciudad de Sevilla solía despertar entre los visitantes anglosajones, nuestros viajeros podrán verla ahora como sede del gobierno y centro neurálgico de la lucha contra los franceses.

1) La cara negra de la guerra

En lo que al riesgo personal se refiere, sólo William Jacob vivió una situación peligrosa durante su viaje andaluz. El 19 de noviembre de 1809 el ejército español de La Mancha es derrotado en Ocaña y el camino de Andalucía queda abierto para los franceses. Poco más tarde, Jacob emprende su *tour* por el antiguo reino de Granada, y encontrándose en ésta, el 20 de enero de 1810 las tropas imperiales fuerzan los pasos de Sierra Morena y penetran en tierra andaluza. Así, pues, cabe afirmar que el viajero citado volvió a Cádiz con el enemigo pisándole los talones (9).

No obstante, nuestros viajeros corrían el riesgo de ser tomados por espías. Yendo de Sevilla a Córdoba, comenta Semple que a su paso por La Campana le fue pedido el pasaporte a instancias de un sacerdote que desconfiaba de su persona (10). Ser confundido con un espía francés era algo que realmente preocupaba a sir John Carr, el cual, recién llegado a Cádiz y noticioso de la existencia de un decreto de la Junta Central que condenaba toda manifestación de simpatía hacia el enemigo, se apresura a adquirir una *red national cockade*, bajo cuya protección se lanza a recorrer las calles gaditanas (11). Estos temores vuelven a manifestarse en otros momentos del viaje y no carecen de fundamento. Refiriéndose al ambiente reinante en Sevilla, sir John Carr nos cuenta que sus habitantes sospechaban de todo el mundo, especialmente de los extranjeros. Y refiere lo siguiente:

«A suspicious, rather than a patriotic vigilance, seemed to centinel every avenue of every street. A patriotic and popular general, in an undress, was seized, because he was observed to examine one of the gates rather minutely; and the fury of the mob, excited by a stupid and savage priest, was directed against

(9) Sobre el desarrollo de la invasión francesa en Andalucía, véase LOVETT, G.H.: *La guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea*. Barcelona, 1975. I. pág. 324-328.

(10) Pero no le extraña dado que viajaba por caminos poco frecuentados y en compañía de arrieros. Cf. *A Second Journey*, pág. 97.

(11) Cf. *Descriptive Travels*, pág. 8. Debe referirse al edicto del Tribunal de Seguridad Pública (Sevilla, 15/abril/1809) que aparece inserto en *The Dispatches or Correspondence of the Marquess Wellesley during his Lordship's Mission to Spain as Ambassador Extraordinary to the Supreme Junta in 1809* edited by Montgomery Martin. London, 1838, pág. 141 y 142.

a young English artist of merit, for pencilling the ass of a water-carrier in his sketch-book, and he was saved from destruction only by the intrepidity of his brother, who was attached to the British Embassy» (12).

Semanas más tarde, encontrándose en la posada de Vélez Rubio, es visitado por una delegación de vecinos del lugar con los que departe amistosamente. Y al término de la entrevista, señala:

«This visit luckily relieved me from the inconvenience of being mistaken, although in British uniform, for a Frenchman, by some of the servants of the posada, one of whom, brandishing one of those long knives which the lower classes wear, declared, that if I were so, it would soon find its way to my heart» (13).

La verdad es que el recelo y desconfianza respecto a la actitud del *mob*, término que viene a ser sinónimo de anarquía o desorden público (14), lo comparten todos los viajeros, conocedores de los tumultos y excesos que se habían producido en los primeros tiempos del alzamiento contra los franceses. Tanto sir John Carr como William Jacob tuvieron ocasión de contemplar las ruinas de la casa del gobernador Solano a su paso por Cádiz. En consecuencia, no dejan de referir la historia del conocido afrancesado que pereció víctima de la furia popular gaditana: mientras que el primero señala que muchos lamentan ahora lo sucedido, pues, de haber vivido, Solano habría sido útil para la causa patriótica, Jacob —que dedica al tema la carta V de su relato— afirma que este triste episodio se caracterizó tanto por el espíritu revolucionario como por una crueldad innecesaria (15). Pero donde el desagrado hacia los alborotos populares se manifiesta más abiertamente es en las noticias que recogen los viajeros sobre el trato dispensado a los franceses, ya se trate de aquellos que residían en Andalucía antes del alzamiento o de los prisioneros de guerra.

Respecto a los primeros, debe tenerse en cuenta que los visitantes británicos se alojaban a veces en establecimientos regentados tradicionalmente por franceses. Mientras estuvo en Cádiz, Sir John Carr se hospedó en el hotel «Las Tres Palomas», sito en calle Cobos n.º 243, cuyo propietario había sido encerrado en un barco-prisión debido a su nacionalidad (16). A su paso por Málaga, Robert Semple pernocta en «Las cuatro Naciones», un hotel pette-

(12) *Descriptive Travels*, pág. 100.

(13) *Op. cit.*, pág. 198.

(14) Véanse los interesantes comentarios de HILL, Ch.: *The Century of Revolution, 1603-1714*. Wokingham, 1987, pág. 254 y 261-262.

(15) *Descriptive Travels*, págs. 46-49; *Travels in the South of Spain*, págs. 25-30.

(16) *Descriptive Travels*, p. 7.

reciente a dos hermanas francesas que, gracias a su sexo, se habían librado de la furia del *mob* local, el cual había asaltado el establecimiento pretextando que allí se escondían espías franceses, y añade el viajero que el resto de la colonia gala pudo salvar el pellejo buscando refugio en el castillo de Gibralfaro (17). Esta historia la confirma más tarde sir John Carr, que de boca del cónsul británico, Mr. Laird, supo cómo el populacho malagueño había linchado al agente consular francés en la Alameda de la ciudad, pretendiendo luego hacer lo mismo con aquellos compatriotas que se habían acogido a la protección de los muros del antiguo castillo moro (18).

En general, el simple hecho de que se hubiera privado de la libertad a estos súbditos franceses ya desagradaba a nuestros viajeros. Cuando Semple visita la Alhambra granadina y encuentra allí encerrados a un cierto número de ellos, así lo manifiesta:

«The just cause of the Spaniards should not have been tarnished by so base and cowardly a proceeding. It may perhaps be said that they were placed here to be protected against any sudden bursts of the fury of the populace. I do not, however, believe this to have been the original motive; and even if it were, it might justify the government but not the national character» (19).

En cuanto a los prisioneros de guerra, todos los viajeros tuvieron ocasión de encontrárselos durante sus correrías por Andalucía: Semple se cruzó con una columna de gabachos a la salida de Carmona, mientras que Carr los vio barriendo las calles del Puerto de Santa María (20). Pero es William Jacob quien refiere con disgusto el maltrato que se les dispensaba por parte española. Visitando las propiedades de los Gordon en Jerez, cuenta que el reclutamiento había encarecido la mano de obra y que la familia citada había optado por servirse de prisioneros de guerra, y alude luego con ironía al celo patriótico jerezano, que se manifiesta mediante el asesinato de algunos de estos cautivos que trabajaban codo a codo con los campesinos locales. En su viaje posterior a Sevilla pasa una noche en Lebrija y allí se entera de la reciente matanza de ochenta prisioneros de Bailén; su indignación no tiene límites, lo mismo que su sorpresa: Jacob no comprende que gentes en apariencia indolentes y apáticas puedan cometer una barbaridad semejante (21).

(17) *A Second Journey*, pág. 211.

(18) Y añade que la decidida actitud de un contrabandista impidió que sucediera lo peor. Cf. *Descriptive Travels*, pág. 146.

(19) *A Second Journey*, págs. 175 y 176.

(20) *Op. cit.*, pág. 95; *Descriptive Travels*, pág. 107.

(21) *Travels in the South of Spain*, págs. 42 y 43; 48 y 49.

2) Encuentros con personajes característicos

Estando en la posada de Guadix, sir John Carr ve llegar a tres nuevos huéspedes armados con arcabuces, pistolas y sables. Uno de ellos se presenta como sacerdote cuya cabeza había sido puesta a precio por el rey José y le informa que va a Sevilla para someter a la consideración de la Junta Central un proyecto que ha concebido para liberar al rey Fernando, retenido en Valenciennes. Carr, que no simpatiza con la Suprema según veremos más adelante, concluye su anécdota afirmando que, sin duda, los miembros de la Junta

«Would patronize his project, if they conceived it impossible to be executed» (22).

Este cura sin identificar no es sino uno de esos personajes —héroes de guerra, políticos, conspiradores— que las circunstancias del momento han sacado a relucir y con los que, tarde o temprano, entran en contacto nuestros viajeros.

Sir John Carr tuvo la oportunidad de conocer al general Francisco Javier Castaños en Algeciras durante aquel verano de 1809. El vencedor de Bailén residía en aquella localidad después de su destitución por la Junta Central el año anterior; a la puerta de su casa hacían guardia dos voluntarios de la milicia local en señal de respeto (23). Meses más tarde, Jacob se lo encuentra en Gibraltar, y ello le sirve de pretexto para contar la historia de su destitución a raíz de la derrota de Tudela, coincidiendo en esto con Carr (24).

Mayor interés despierta entre nuestros viajeros la figura para ellos insólita de Agustina de Aragón. El general Doyle, un irlandés al servicio de España, fue quien se la presentó a sir John Carr en Cádiz. Aunque éste la considera una figura conocida para todos aquellos compatriotas suyos que han leído la narración de Vaughan sobre el primer sitio de Zaragoza —de la que ofrece un extracto en su obra— (25), no resiste la tentación de referirse extensamente a *this extraordinary female*, Agustina, que contaba entonces veintitrés años de edad:

(22) *Descriptive Travels*, p. 191 y 192. No sería éste el único proyecto descabellado que en su momento hubo de atender la Junta Central. Cf. LOVETT, G.H.: *Op. cit.*, I, págs. 305 y 306.

(23) *Descriptive Travels*, pág. 129. Sin embargo, Carr es del parecer que el verdadero vencedor de Bailén fue el general Teodoro Reding y Castaños se llevaría el mérito por ser el comandante en jefe.

(24) *Travels in the South of Spain*, págs. 353-356. Sobre los celos de la Junta hacia sus generales, véase AYMES, J.R.: *La guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Madrid, 1986, pág. 88.

(25) Acerca de Sir Charles Vaughan y su obra, véase LOVETT, G.H.: *op. cit.*, II, pág. 312 y nota 1.

«She was neatly dressed in the black mantilla. Her complexion was a light olive, her countenance soft and pleasing, and her manners, which were perfectly feminine, were easy and engaging. Upon the sleeve of one of her arms she wore three embroidered badges of distinction, commemorative of three distinguished acts of intrepidity» (26).

El día anterior a su encuentro con Carr, «Agustina Zaragoza» había sido recibida por el almirante Purvis a bordo del navío insignia de la escuadra británica surta en la bahía de Cádiz y, según parece, causó una impresión excelente entre la marinería. Lo contrario de las críticas que solían dirigirse ciertos gaditanos, los cuales se refieren a la heroína como *mujer artillera* y afirman que no es bueno premiarla y distinguirla, ya que, de cundir el ejemplo, las autoridades tendrán que vérselas muy pronto con batallones integrados por mujeres que huyen de las tareas domésticas. Nuestro viajero censura a estos maledicentes en los términos siguientes:

«Base detractors!, happy would it have been for your country, if many of your soldiers and most of your chiefs had acted with the undaunted intrepidity and unshaken patriotism of this young female» (27).

Sir John Carr concluye sus referencias a la heroína aragonesa narrando una anécdota divertida. Es la siguiente:

«Augustina calls herself *the woman of Zaragoza*: she occasionally wears the dress of the service into which she has entered, the artillery, but modestly preserves the petticoat. One evening as she was walking alone in this habit, in one of the streets of Cadiz, with her sabre by her side, a man attracted by her beauty, followed her a considerable way, upon which offended at his impertinence, she turned round, and drawing her sabre, with great calmness but determination, told him, that if he followed her another step, she would cut him down. The desire of this gay, but not gallant, Lothario was instantly turned into fear, and he fled from the object of his wishes, as fast as his legs could carry him» (28).

También sería el general Doyle quien presenta Agustina a William Jacob, esta vez en Sevilla, y el viajero cuida de anotar el hecho en su diario, aunque no le dispensa tanta atención al personaje. Jacob se limita a comentar que la *Zaragoza*, pues así la conocen los sevillanos, conserva su apariencia

(26) *Descriptive Travels*, págs. 31 y 32.

(27) *Op. cit.*, pág. 33.

(28) *Op. cit.*, pág. 37.

femenina a pesar de vestir el uniforme militar (29). La verdad es que a Jacob le interesan más aquellos otros personajes que, sin desempeñar cargos en el gobierno, destacan por su actividad política en la Sevilla de aquel entonces. En la tertulia del padre López Cepero traba relación con Antonio de Capmany:

«I have met Capmany here frequently, who is a writer on political subjects, and has published some learned and sensible works on several subjects of commercial history, and on military and political economy. Like all theoretic statesmen, many of his proposals for the amelioration of his country are better in paper than they would prove in practice; but he is a sensible and amiable man» (30).

El anglófilo Capmany había acompañado a la Junta Central en su huida hacia el sur y a partir de julio de 1809 se dedica a trabajar en la comisión consultiva para la convocatoria de Cortes. Curiosamente, Jacob no hace referencia a su importante panfleto *Centinela contra franceses*, escrito a raíz de los sucesos del 2 de mayo y editado poco más tarde (31).

Otro fugitivo de Madrid sería el sacerdote sevillano padre Blanco, que más tarde se hará famoso en el mundo anglosajón como Blanco-White. Este también frecuentaba la mencionada tertulia y acerca del mismo escribe Jacob:

«Padre Blanco, so well known throughout Spain as the author of the Patriotic seminario (sic), frequently joins this circle. If there be a priest without bigotry, a philosopher without prejudice, Padre Blanco is that man; whenever he is of the party, he enlightens it by his knowledge, and animates it by his patriotism» (32).

3) Sevilla, capital de la España libre

La Junta Suprema llega a Sevilla el 17 de diciembre de 1808 y al día siguiente inicia sus sesiones en el Alcázar. Pero su anciano presidente, el conde de Floridablanca, muere a fines de año y le sucede el marqués de Astorga y conde de Altamira, al que los sevillanos no tardan en bautizar como «Rey Chico». Una de las primeras tareas abordadas será la de asegurar la defensa de la nueva capital, dada la gravedad del momento: las tropas de sir Jhon Moore se retiran hacia La Coruña con fuertes pérdidas y se teme, en conse-

(29) *Travels in the South of Spain*, págs. 123 y 124.

(30) *Op. cit.*, pág. 145.

(31) Dedicado a Lord Holland, en 1809 es traducido al inglés en Nueva York y la dedicatoria es sustituida por la frase *to all nations*. Cf. *Centinela contra franceses*. Ed. con introducción, notas y apéndices documentales por Françoise Etienvre. London, 1988.

(32) *Travels in the South of Spain*, pág. 145.

cuencia, que los franceses vuelvan a invadir Andalucía. Estando así las cosas, a comienzos del mes de febrero de 1809 llega Robert Semple a Sevilla para ser testigo despreciativo del esfuerzo bélico que allí se venía realizando. En este sentido, escribe:

«Animated by the bright example of Zaragoza, the Sevilians appeared determined on resistance, should the French succeed in defeating Cuesta's army, and forcing the passes of the Sierra Morena. Three English engineers had arrived from Gibraltar, the plans of fortification and defence had been settled with the Junta, and some of the field works were already in a state of forwardness. During a short period of enthusiasm, all ranks appeared eager to engage in this duty; but in a little time it devolved chiefly on the aged labourers, who received a stated pay, whilst the more active were rudely disciplined and sent off to the army. The beautiful plain of Seville afforded an admirable field of exercise for the squadrons of cavalry; but in surveying their evolutions, these appeared little worthy of notice, except the beauty of some of the horses, the silent patience of the men, and the extreme ignorance of the officers» (33).

Meses más tarde, el peligro parece haber sido conjurado cuando sir John Carr visita la capital. Pero este viajero encuentra a la población deprimida y desmoralizada por lo que sucede en el resto del país —aún no ha llegado la noticia de la victoria de Talavera— y por los efectos negativos que acarrea la presencia del gobierno central. Escribe al respecto:

«The gloom which pervaded the city, was at variance with the vivacity which distinguishes the Andalusians in general. I attributed this to the state of the country, which could not fail to press upon the mind of the lower orders, on account of its affecting their trade, in addition to the presence of the Central Junta, the cloven foot of which was sufficiently visible under the imperial robe which the members had assumed, without its even being exposed by the enlightened and intrepid editor of the *Semanario Patriótico*. All was inflated and blustering loyalty within this city. The streets swarmed with officers and commissaries in gaudy regimentals and embroidered coats, waiting in servile attendance upon the Supreme Junta to procure, by the basest means, commissions, jobs, and contracts» (34).

Al revés que los viajeros que le preceden, Jacob permaneció más tiempo en Sevilla y tuvo, por tanto, mayores oportunidades de examinar la at-

(33) *A Second Journey*, págs. 85 y 86.

(34) *Descriptive Travels*, págs. 99 y 100.

mósfera reinante en la nueva capital española. Pero, aunque coincide con Carr en la descripción del ambiente callejero, su testimonio adquiere mayor relieve cuando se trata de describir el ambiente predominante en los círculos sociales más selectos, a los que Jacob tuvo acceso gracias al general Virués y su esposa, con los que había entablado amistad viniendo del Reino Unido.

Ya se ha visto que conoció a Capmany y a Blanco White en la tertulia del padre López Cepero, al que presenta como individuo liberal e inteligente a pesar de su condición de sacerdote católico. Era ésta la única tertulia literaria existente en Sevilla y a donde acudía la gente más educada de la ciudad, al decir de Jacob. No obstante, los ingleses frecuentaban más asiduamente la tertulia patrocinada por la condesa de Villamanrique, donde acostumbraban a jugar fuerte a las cartas una serie de oficiales que mejor harían estando en el frente. Será en esta tertulia donde el viajero conoce al conde de Materoso, uno de los líderes asturianos que llevó a Gran Bretaña la primera noticia del alzamiento. Otro centro de reuniones sociales era la casa de la marquesa de Calzado, donde se juega menos a los naipes y abundan la música y las canciones patrióticas. La anfitriona es hija del famoso marino Antonio de Ulloa y su tertulia, nos asegura Jacob, resulta más selecta que la anterior. La amistad del viajero con Virués le permite asimismo frecuentar la casa donde vive el general, residencia del abogado Angulo, la cual reviste especial interés para Jacob porque en ella suelen reunirse los notables que huyen de Madrid y donde circulan, por tanto, todo tipo de noticias acerca de lo que estaba sucediendo en los territorios ocupados por los franceses (35).

William Jacob acude asiduamente a estas reuniones sociales y trata con gentes de clase media y alta, siendo aquí donde va a concebir esa visión tan negativa de las capas privilegiadas de la sociedad andaluza que preside la mayoría de sus consideraciones. Pero de esto ya se hablará más adelante.

II. GANAR LA GUERRA O HACER LA REVOLUCION

Como todos saben, la resistencia organizada contra el invasor francés partió de la iniciativa regional, de las conocidas Juntas Provinciales que consagran sus energías al esfuerzo bélico, aunque también se preocupan por mantener el orden público, resultando ser así factores de estabilidad en medio de un periodo turbulento (36). Mal que bien, estas Juntas terminan subordinándose a una Junta Central o Junta Suprema, que, teóricamente, debía canalizar toda la actividad militar y, al mismo tiempo, poner en marcha una serie de necesarias reformas políticas. Sin embargo, esta Junta Central tuvo en su momento más detractores que partidarios. Los ultraconservadores le reprochan el haber permitido un gobierno representativo en lugar de dedi-

(35) *Travels in the South of Spain*, pág. 140-144.

(36) AYMES, J.R.: *op. cit.*, págs. 83-85.

carce exclusivamente a ganar la guerra, mientras que los sectores más liberales denuncian los vaivenes continuos de su política reformista (37). Lo cierto es que la Suprema no funciona: mientras que las contribuciones exigidas agobian al pueblo, el ejército sigue mal equipado; incapaz de concebir una estrategia coherente, la Junta Central cambia de destino a sus generales cada dos por tres...; las gentes no entienden lo que sucede y soplan vientos de rebeldía (38).

En tanto que el padre Blanco, en su «Semana Patriótica», insiste una y otra vez en que es preciso expulsar al invasor y regenerar al mismo tiempo el cuerpo político, lo cual planteaba la necesidad de convocar a las Cortes Generales, pues sólo éstas podían legislar, otras voces opinan que hace falta reemplazar la Junta Suprema por un colectivo más reducido, a modo de consejo de regencia. Concretamente, ésta sería la propuesta presentada por Francisco Palafox, representante de Aragón en la Suprema, en agosto de 1809 y que no tarda en ser rechazada (39). En cuanto a las Cortes, la Junta Central había decidido convocarlas en el mes de mayo anterior y constituye un comité de cinco miembros para que estudien cómo ha de hacerse dicha convocatoria, a quiénes afecta, etc. (40).

Así, pues, el año 1809 resultó bastante agitado para la política española y nuestros visitantes británicos no van a permanecer ajenos a todo esto, aunque sus opiniones no siempre reflejan las de sus informadores. En líneas generales, puede observarse que toman conciencia de la incapacidad militar de parte española, circunstancia imputable, desde su punto de vista, a la corrupción administrativa estimulada por la Junta Suprema. Esta se convierte en el blanco de sus críticas, las cuales contrastan, por otra parte, con los elogios que prodigan a los sectores populares, cuyo entusiasmo y devoción en la lucha contra el enemigo francés cuida de resaltar William Jacob.

1. La ineficacia militar

Cuando Robert Semple llega a España estaban recientes las derrotas de

(37) Aparte de que la mayoría de las reformas anunciadas se quedan en agua de borrajas pues buen número de los miembros de la Suprema eran nobles y, si el conde de Floridablanca era enemigo de toda innovación, Jovellanos, como abanderado del despotismo ilustrado, tampoco se mostraba muy avanzado en materia de cambios políticos. Cf. AYMES, J.R.: *op. cit.*, pág. 86 y 87. También, QUESADA, E.: *La actuación de la Suprema Junta de Sevilla a través del Diario de su Presidente*. «Archivo Hispalense», nº 147-148 (1968).

(38) Cf. AYMES, J.R.: *op. cit.*, pág. 88. La primera junta provincial que manifiesta sus discrepancias será Valencia; más tarde, en abril de 1809 se produce la revuelta de Granada encabezada por el conde de Montijo, que es llevado preso a Sevilla. Cf. LOVETT, G.H.: *op. cit.*, I, pág. 310.

(39) A modo de compromiso se crea una comisión ejecutiva de seis miembros presidida por el marqués de La Romana, que inicia sus actuaciones en noviembre de 1809. Cf. AYMES, J.R.: *op. cit.*, pág. 89; LOVETT, G.H.: *op. cit.*, I, pág. 309.

(40) Pero no será hasta enero de 1810 cuando sean citados por vez primera. Cf. LOVETT, G.H.: *op. cit.*, I, págs. 314-315.

Tudela, Medellín y Somosierra. No es extraño, pues, que se muestre escéptico respecto a las capacidades del ejército regular español, cuyos fallos fundamentales residen en la falta de mandos cualificados. Estando en Córdoba, pudo ver unidades compuestas por reclutas campesinos, mal armados y peor vestidos, que marchaban hacia el frente, aunque los hombres tienen buen pinta pues no hay —dice el viajero— mejor cantera para un ejército que el campesinado español. Y añade que los franceses podrán reirse

«but with other officers, and a better system of discipline, they would soon make their friends rejoice, and their enemies tremble» (41).

Aunque Semple aplaude luego el esfuerzo militar que en su momento realizara la Junta Provincial de Granada, no por ello deja de insistir en la carencia de oficiales capacitados y de un sistema de instrucción adecuado; defectos que no pueden ser remediados con las procesiones, rogativas y otras manifestaciones religiosas que solían acompañar a las movilizaciones militares (42). Hay que advertir que Semple era un antipapista exagerado, lo que explica la última de sus críticas. Por otra parte, al viajero le resultaba bastante paradójica esta sacralización de la guerra contra el francés, cuando al mismo tiempo la Junta pedía ayuda al enemigo ancestral de la nación española: estando en Tánger, tuvo noticia de la embaja del conde Tilly, miembro de la Suprema, ante el sultán de Marruecos para adquirir caballos y, a ser posible, contratar los servicios de jinetes moros; los servicios de los descendientes de aquellos que habían sido expulsados de España tres siglos antes en nombre de la unidad católica (43).

De hecho, los prejuicios anticatólicos resultaban habituales entre los visitantes anglosajones y van a encontrar una confirmación con motivo de la batalla de Talavera, en la que los británicos y españoles derrotan a los franceses. Corrió entonces el bulo de que el general Cuesta se había negado a combatir en domingo, que luego desmiente el diario londinense «The Times» (44). No obstante, una excusa parecida será esgrimida más tarde por el general Blayney, deseoso de justificar su derrota en las costas de Málaga en el curso de una operación conjunta angloespañola; la opinión que el citado general tenía del soldado español era compartida por muchos de sus compatriotas:

«The soldier, who places his sole confidence in a relic suspended on his breast, may go into battle with the appearance of valour, but will surely turn his back the moment he thinks his saint has forsaken him» (45).

(41) *A Second Journey*, pág. 132.

(42) *Op. cit.*, págs. 178-180.

(43) *Op. cit.*, págs. 253 y 254.

(44) AZCARATE, P. de: *Wellington y España*. Madrid, 1960, pág. 58.

(45) Cf. *Narrative of a forced journey*, I, págs. 20-21 y 192-193.

De todas maneras, la incompetencia administrativa va a ser el argumento que en última instancia esgrimen nuestros viajeros para explicar los fracasos de las fuerzas regulares española y la escasa ayuda que éstas prestan al ejército británico de Sir Arthur Wellesley. Pablo de Azcárate se refiere a Talavera como «batalla ganada y campaña perdida» debido a que el futuro duque de Wellington se negó luego a proseguir su avance a pesar de los exhortos del general Cuesta, alegando que carecía de abastecimientos y que éstos no le llegaban por la desidia de las autoridades españolas (46). El viajero Sir John Carr, por entonces en Sevilla, critica a los españoles porque consideran esta batalla como un éxito propio y justifica que no se aproveche el éxito, que la victoria de Talavera no haya tenido mayores consecuencias, a causa de los celos de Cuesta y de la Junta Suprema, que intencionadamente olvidan atender a los heridos británicos y dejan de enviar suministros a las tropas de Sir Arthur Wellesley (47).

William Jacob resulta más ponderado en sus comentarios, aunque insiste en la corrupción administrativa como causa mayor. Al viajero le sorprende que las autoridades gaditanas gasten tanto tiempo y dinero en la construcción del edificio que ha de albergar una factoría de mosquetes, cuando se podía haber aprovechado cualquiera de los que se encontraban entonces desocupados. Refiriéndose a Jerez, también pone en duda la eficacia de la conscripción militar, pues han sido declarados exentos del servicio los hijos únicos, los casados y, desde luego, los clérigos. Y, cuando finalmente aplaude el esfuerzo desplegado por la Junta Provincial granadina en materia militar, en lo cual coincide con Sempere, se apresura a señalar que éste ha resultado finalmente baldío debido a la corrupción e ignorancia de la burocracia sevillana a sueldo de la Suprema (48).

La narración de Jacob ofrece un interés adicional: en la carta XXVII el autor trata sobre el escuadrón naval español refugiado en la bahía de Cádiz y se expraya acerca de las actitudes políticas de sus oficiales, comenzando por las del propio almirante Alava. Jacob considera que en su mayoría son desafectos a la causa patriótica debido al rencor que sienten por los británicos (no olvidan la humillación de Trafalgar) y a que están convencidos de que dispondrían de mayores posibilidades de promoción estando al servicio del rey José (49).

2. Críticas a la Junta Central de Sevilla

Siguiendo el habitual orden cronológico a la hora de analizar los testimonios y opiniones de nuestros viajeros, conviene destacar que Robert Sem-

(46) Las recriminaciones mutuas serán continuas y el general británico no ocultará su desprecio por el ejército español. Cf. Azcárate, P. de: *op. cit.*, p. 44-89.

(47) *Descriptive Travels*, p. 110-111 y 183-184 respectivamente.

(48) *Travels in the South of Spain*, p. 35-36, 43 y 292-293.

(49) *Op. cit.*, p. 176-178.

ple apenas recoge críticas a la gestión del gobierno provisional español. El tema sale a relucir en las páginas de su narración cuando ya está a punto de abandonar Cádiz con destino a su patria, donde censura a aquellos que sostenían que no podía mantenerse el espíritu de resistencia entre los españoles sólo con invocar al rey ausente, a Fernando VII, y que, en consecuencia, tarde o temprano aquéllos terminarían aceptando al usurpador francés. En su opinión, que difiere en mucho de la de los restantes viajeros, Fernando VII es un mártir y por eso despierta mayores simpatías entre las gentes sencillas, aparte de que no se le ve, mientras que resulta más difícil de soportar lo que se ve o siente. Y añade:

«the provincial Juntas are almost universally regarded with distrust or contempt. Their energy is called tyranny; their partialities and forbearance are denominated weakness. But they act for Ferdinand the Seventh, and all is forgotten...» (50).

En virtud de esto, considera que no es preciso dar a los españoles libertades constitucionales o algún otro ideal por el que luchar; ya lo tienen, el rey cautivo es su bandera. Por eso ruega que no se propaguen «idioteces» entre los españoles y se apoye al rey prisionero, porque si éstos no pelean por su propia causa no lo harán por ninguna otra (51).

Es evidente que para nuestro viajero lo que cuenta como objetivo prioritario es ganar la guerra; esto explica que en ningún momento critique la actuación de las autoridades legalmente constituidas, incluyendo a la propia Junta Central, aunque parezca que es consciente de sus fallos. No ocurre igual con sir John Carr, que no ahorra los sarcasmos sobre la Suprema, a la que en una ocasión define como *mock-majesty* y afirma que entre sus miembros apenas puede encontrarse una muestra de talento e integridad, salvando contadas excepciones (52). Estando en Granada, recoge las opiniones de muchos españoles acerca de su gobierno:

«The patriots of Spain, high and low, seemed to have but one opinion of this Supreme Junta. In this opinion its members were divided into four classes; the first comprehended one or two able and upright men; the second those without actually corresponding with the enemy, did not hesitate, every opportunity within their powers and to its full extent, to sacrifice the interests of their country to their own personal aggrandizement; the third those who were weak and easily intimidated; and the fourth those who looked on with perfect apathy, and sanctioned every measure

(50) *A Second Journey*, pág. 132.

(51) *Op. cit.*, págs. 270 y 271.

(52) *Descriptive Travels*, pág. 85 y 86.

without investigation; such were the functionaries who composed this new majesty of Spain, in which neither the king, the aristocracy, nor the people were represented» (53).

Y concluye asegurando que podría contar muchos ejemplos de la falta de vergüenza de esta Junta Suprema, pero prefiere no hacerlo, ya que darles publicidad podría acarrear dificultades a sus informadores (54).

William Jacob tampoco nos revela la identidad de quienes le informaban sobre la marcha de los asuntos políticos, si bien señala que aquéllos solían mostrarse bastante locuaces con los británicos, más, incluso, que entre ellos mismos. El viajero citado llega a Cádiz en septiembre de 1809 y de manera casi inmediata intenta hacerse una composición de lugar. En la carta VII afirma que no está seguro de si los franceses podrán ocupar la totalidad del territorio peninsular, aunque sí lo está de que los españoles no podrán expulsarlos definitivamente a no ser que desplieguen una mayor energía y actividad. Y añade:

«The complaints of the inactivity, selfishness, inability, and intriguing spirit of the members of the Junta are universal: they have lately laid fresh restrictions on the press, and have suppressed the best paper in Spain, the *Patriotico Seminario* (sic) of Seville, which has greatly increased their unpopularity. It is moreover commonly asserted that no appointment, either in the army or the state, is given from the merit of the persons appointed, but merely from influence and intrigue. How far these accusations are well founded I have not been long enough in the country to ascertain, but I attribute a great part of them to that disappointment among the people, which arises from their extravagant expectations not having been fulfilled. When that opposition to France, which they here term a revolution, first commenced, every man fancied that a new era of prosperity was begun, that nothing more was wanted to remove those evils which the lapse of time, the exercise of tyranny, the unblushing practice of corruption, and the indolence of priestcraft had accumulated in the country, than a supreme government; and then, it was supposed all would be instantly changed. This expectation has been of course dissipated, and those who entertained it, instead of blaming their own sanguine temper, accuse the junta because they have not effected impossibilities» (55).

Como el lector podrá observar, en este largo párrafo Jacob recoge el clima de opinión entonces reinante en la sociedad andaluza y al que se ha

(53) *Op. cit.*, pág. 182.

(54) *Op. cit.*, págs. 184 y 185.

(55) *Travels in the South of Spain*, págs. 32 y 33.

hecho referencia anteriormente. Pero, aunque intenta ser objetivo, nuestro viajero no deja de señalar que la composición de la Junta le parece demasiado amplia para que ésta pueda actuar como poder ejecutivo y demasiado pequeña para asumir funciones legislativas, sin olvidar que está contaminada por los usos y vicios del viejo régimen. Y recoge la opinión predominante en Cádiz; esto es, que la Junta Central debía disolverse y ser reemplazada por un solo individuo o por un reducido consejo de regencia. En este sentido, Jacob señala que algunos patriotas habían pensado recurrir al cardenal-arzobispo de Toledo, único miembro de la familia real que permanecía en España, pero se dice que está dominado por su hermana, esposa de Godoy; otros, en cambio, manifestaban sus preferencias por el marqués de La Romana, cuya llegada a Sevilla se esperaba de un momento a otro. Por su parte, nuestro viajero confiesa que no observa muestras de talento en su entorno y teme, en consecuencia, que las cosas no vayan a mejorar. En su opinión, no sería extraño que los miembros aristocráticos de la Junta Central estuvieran dispuestos a traicionar la causa patriótica, pues sus casas, propiedades y otros intereses materiales se encuentran en los territorios ocupados por los franceses (56).

Una vez en Sevilla, William Jacob tiene la oportunidad de examinar de cerca el comportamiento de la Junta Suprema y de recoger los puntos de vista de sus detractores, que eran muchos. En la carta IX podemos leer:

«The best informed people here think that a revolution in the government is absolutely necessary to save the country. A change which, by concentrating the feelings of the people, and directing them properly, without the cumbrous load of forms now existing would do more to baffle the enemy than any effort which the present body are likely to devise» (57).

Pero desea dejar bien claro que estas críticas y juicios negativos no obedecen a razones personales, pues aquellos miembros de la Junta Suprema que ha tenido ocasión de conocer personalmente le han recibido con gran cordialidad. Y en las páginas que siguen procede a trazar una breve semblanza de casi todos ellos. De la lectura de las mismas se desprende que, salvando el caso de Jovellanos, las simpatías de Jacob se vuelcan en dos figuras concretas: el secretario de Estado Garay y el sevillano Saavedra, ministro de Finanzas; del segundo advierte que *vive a la inglesa* y que tanto su esposa como su hija hacen gala de una educación refinada (58).

Cuenta nuestro viajero que la Junta Central se reunía diariamente en el Alcázar y que sus deliberaciones son secretas, aunque se sabe que delegan la resolución de los asuntos en diferentes comités, los cuales informan luego

(56) *Op. cit.*, págs. 33 y 34. El cardenal Borbón vivía en el Puerto de Santa María, por cuya alameda lo vio en su carruaje el viajero Sir John Carr.

(57) *Travels in the South of Spain*, pág. 60.

(58) *Op. cit.*, pág. 61-65.

a la asamblea del resultado de sus trabajos. No obstante, para Jacob el verdadero problema reside en la competencia de esta Junta Suprema, cuyos miembros han sido designados a menudo de manera accidental y sin que los electores correspondientes estuvieran dispuestos a delegar en ellos los poderes que ahora se atribuyen. En este sentido, destaca cómo las Juntas provinciales se resisten a renunciar a sus poderes y transcribe, en beneficio de sus lectores, las instrucciones al respecto que han recibido los diputados de la Junta de Valencia, *the most enlightened in Spain*. Y afirma que en ellas se percibe una influencia excesiva de la doctrina de Montesquieu acerca de la división de poderes, la cual, en su opinión, puede resultar válida en tiempo de paz pero no en las circunstancias actuales (59).

Lo cierto es que la cuestión magna de las Juntas provinciales consistió en definir el poder al que habían de subordinarse, siendo precisamente la Junta valenciana la única que en su momento se opuso a la convocatoria de Cortes generales, reivindicando para sí facultades legislativas (60). Pero si Jacob no gusta de esta tendencia federalista, pues considera ridículo que la Suprema haya siempre de consultar a las asambleas provinciales, tampoco comparte la opinión de aquellos españoles que insisten en la necesidad de reunir a las Cortes: el país no necesita un senado en los tiempos que corren, sino un ejecutivo fuerte, un dictador si es preciso. Y añade:

«The present system unites the evils of the three forms into which governments are unusually divided, without possessing the advantages of either, and in one desolating view, presents the debility of a worn-out despotism, without its secrecy or its union; the insolence and intrigues of an aristocracy, without its wisdom or refinement; and the faction and indecision of a democracy, without the animated energy of popular feeling» (61).

A la vista está que William Jacob comulga con quienes consideraban que ganar la guerra era el objetivo primordial de la causa patriótica. Para conseguirlo no eran necesarias ceremonias tan pintorescas como aquella que pudo contemplar en el alcázar sevillano. En la carta XVIII nos cuenta que asistió al acto de declaración formal de guerra a Dinamarca, y añade:

«It seems strange, that an affair of this kind, if necessary to be performed, should have been so long delayed. But as Spain and Denmark can never come in contact with each other in any part of the globe, it seems as ridiculous to declare war against that power, as against the Tartars of Asia, or the Hottentots of Africa» (62).

(59) *Op. cit.*, págs. 66-69.

(60) AYMES, J.R.: *Op. cit.*, pág. 86.

(61) *Travels in the South of Spain*, p. 70.

(62) *Op. cit.*, pág. 124.

3. Acerca del entusiasmo popular y la desmoralización de las clases altas

Si bien Robert Semple y Sir John Carr apenas tocan el tema de las actitudes populares, a no ser cuando hacen referencia a la simpatía que el pueblo andaluz profesa a los ingleses, William Jacob, en cambio, insiste bastante en este particular. Es lógico que lo haga pues, como ya se ha visto, desconfiaba de la postura de las clases altas. Aparte de esto, sus puntos de vista a favor de una «dictadura» se justifican, precisamente, por la necesidad de canalizar las energías populares hacia la lucha contra el enemigo francés; máxime, si el pueblo cuenta con el apoyo, por no decir liderazgo, de la Iglesia nacional. En este sentido, escribe:

«That the feelings of the people are right, no one doubts; and it is a fortunate circumstance in the present crisis, that, that part of the clergy which has the greatest influence on the bulk of the people coincides with it, or rather contributes to lead it right. No priest of any description, under the rank of a bishop, is even suspected of a disposition favourable to France; the hatred towards Bonaparte is indeed kept alive by the clergy, and such is their zeal, that I believe to oppose him effectually, they would sacrifice even their benefices» (63).

Merece la pena destacar este comentario pues Jacob no era sospechoso de simpatizar con la iglesia católica. El viajero comparte toda una serie de prejuicios «antipapistas» con sus colegas Semple y Carr, el segundo de los cuales, cuando alude a la hospitalidad que le dispensaron los Jerónimos de Baza, añade que consiguió despertar su patriotismo al advertirles que, de caer la ciudad bajo el yugo napoleónico, les obligarían a prestar servicio militar (64).

Para Jacob el bajo clero podía reemplazar a la aristocracia y clases medias a la hora de dirigir al pueblo. Gabriel H. Lovett sostiene que este viajero odiaba a las clases altas andaluzas al tiempo que profesaba una admiración sincera por las clases populares (65). Pero creo que exagera: más que odio, se trata de desdén o irritación ante la pasividad y desmoralización que muestran los sectores privilegiados de la sociedad andaluza, posturas que contrastan con lo que considera un fervor ingenuo de parte del pueblo. Aparte de

(63) *Op cit.*, pág. 60.

(64) *Descriptive Travels*, págs. 194-196. Anécdota que no puede ser tomada en serio al proceder de un viajero que tacha de inútiles a los miembros integrantes de la Junta Provincial de Granada porque «two thirds of whom were composed of clerygmen and monks remarkable by their ignorance, fat and feasting». Cf. *op. cit.*, pág. 181. Demasiados tópicos reunidos como para que esto fuese cierto. Por lo demás, el apoyo del clero a la lucha contra los franceses está fuera de dudas. Cf. LOVETT, G.H.: *op. cit.*, I, págs. 303 y 304.

(65) LOVETT, G.H.: *op. cit.*, pág. 321.

que estos sentimientos sólo afloran en las páginas de su relato a partir del momento que sigue a la derrota de los ejércitos de la Junta en Ocaña (noviembre de 1809).

Nuestro viajero va a ser testigo del desastre que se produce en el curso de los meses siguientes, siendo entonces cuando empieza a manifestar que la única esperanza para la causa patriótica descansa en los hombros del pueblo. Se encontraba en Cádiz cuando le llegan noticias del fracaso del general Areizaga en La Macha y se muestra sorprendido al observar como reaccionan sus anfitriones españoles al enterarse de lo sucedido:

«The effect which this intelligence has produced upon the people, puts in a strong point of view the evils ever attendant on despotic power. When the news first arrived, those who were acquainted with it were anxious to conceal their knowledge, or whispered it as a profound secret to their nearest connexions. When it became so generally known that the people could be no longer deceived, it produced gloomy countenances, and indignant expressions against the Junta and the commander: but the habit of concealing their feelings and their thoughts on all subjects connected with politics is so deeply rooted, that though, when they converse with Englishmen, they speak freely, yet they no sooner resume their Spanish conversation, than all apparently becomes calmness and submission to the will of government» (66).

En las semanas que siguen, Jacob comprueba que no se toman medidas serias y eficaces para hacer frente al inminente ataque francés, siendo ahora cuando empieza a pensar que sólo puede contarse con el campesinado andaluz para resistir al invasor. Si las clases populares persisten en sus intenciones podrán llevar a cabo una guerra irregular, de desgaste, sirviéndose de las posibilidades que depara la geografía del país. Jacob se está refiriendo a la *guerrilla* aunque sin mencionarla como tal (67).

El contraste entre la actitud popular y la de las élites privilegiadas adquiere su mayor relieve durante el rápido viaje que Jacob realiza por tierra granadina en enero de 1810, en compañía de M. Ridout y del teniente Mitchell, de la artillería real. La buena sociedad malagueña recela de a llegada de los franceses y trata de acomodarse a la situación que se avecina. Aunque son conscientes de que la ocupación napoleónica les acarreará la enemiga del Reino Unido y la interrupción del comercio exterior, confían en que la riqueza agrícola del país malagueño, que se basa en los cultivos subtropicales, in-

(66) *Travels in the South of Spain*, págs. 188 y 189.

(67) *Op. cit.*, págs. 203 y 204. El uso más temprano del vocablo en lengua inglesa parece que lo hizo Wellington en un despacho del 8 de agosto de 1809. Cf. LOVETT, G.H.: *op. cit.*, pág. 232 y nota 1.

terese a los franceses. Estos pueden encontrar aquí la oportunidad de conseguir azúcar, algodón y el café que antes venían de América; en consecuencia, los precios subirán y con ello se incrementará la fortuna de las clases propietarias y mercantiles. Pero William Jacob, que no comparte este egoísmo suicida, tampoco ve claras semejantes perspectivas: faltará capital y, sobre todo, mano de obra, pues los campesinos se echarán al monte, imitando así el ejemplo de sus antepasados moriscos (68). Y harán esto no sin antes descargar su cólera sobre las clases pudientes, a las que consideran culpables de los desastres que se están produciendo:

«The more intelligent anticipate this calamity; and one person told me privately, that he feared we were the last Englishmen who would visit Malaga. The timidity of the higher orders will instigate them to surrender; but the vengeful feelings of the more numerous classes will lead to every disorder as the French approach; and after the loss of many lives, they will probably retire to the mountains and watch the opportunity to avenge themselves and their country» (69).

El temor a la posible reacción popular también se manifiesta en el seno de la alta sociedad granadina, a la que Jacob tuvo ocasión de tratar en las tertulias patrocinadas por la duquesa de Gor. Escribe sobre el particular:

«They dread the irruption of the French; but it is easy to discern that they are not without equal apprehensions from the vindictive spirit of their own countrymen, who will accuse them of treachery as the enemy advances, and perhaps finally sacrifice them for having yielded their power to the Central Junta. They talk of securing the passes, fortifying the city, and raising in mass the inhabitants of the surrounding mountains; but I am persuaded they will now make no efforts to oppose the enemy, but rather endeavour to amuse the inhabitants till all resistance will be useless» (70).

Por las fechas en que Jacob visita Granada las autoridades andaban ocupadas, aunque sin mucho entusiasmo según el viajero, en la tarea de elegir la asamblea primaria que había de nombrar los diputados en Cortes. Utilizaban para ello un panfleto llegado de Gran Bretaña, traducido al español, cuya

(68) *Travels in the South of Spain*, pág. 229-231.

(69) *Op. cit.*, pág. 235.

(70) *Op. cit.*, págs. 293 y 294. No está de más señalar que la citada duquesa mantendría su tertulia durante la ocupación francesa. Cf. *Narrative of a forced journey*, I, págs. 89 y 90.

autoría se atribuye a Lord Holland (71). Estando en esto, llega la noticia de que las tropas francesas han forzado los pasos de Sierra Morena y avanzan ya por tierra andaluza. La reacción de las clases altas, señala Jacob, es similar a la de las gaditanas cuando supieron de la derrota de Ocaña: todo el mundo sabe lo que ha pasado, pero nadie habla de ello abiertamente a no ser con gente de su confianza, aparentando además que el asunto no les concierne en absoluto (72).

Se ha escrito antes que Jacob tuvo que abandonar Granada a toda prisa. En estas circunstancias, no es extraño que acentúe el carácter sombrío de sus reflexiones mientras viaja por caminos apartados con destino a Cádiz, a donde llega a fines del mes de enero. Las posturas contrapuestas a que venimos haciendo referencia saldrán nuevamente a relucir aunque ya no le extrañan al viajero, más bien lo aburren. A su paso por Vejer, Jacob se cruza con la duquesa de Medinaceli que, junto con su casa y domésticos, marcha hacia Gibraltar, donde piensa embarcarse para Mallorca. La huida de esta Grande de España choca con la actitud de algunos habitantes de la citada localidad, los cuales aseguran al viajero que piensan seguir resistiendo a los franceses aunque la Junta Central esté dispuesta a rendirse. Y añade Jacob:

«I have seen so many instances of this parochial patriotism, if I may be allowed the expression, that it has ceases to excite astonishment. But, amidst the gloom which now overshadows the political horizon, it form the only consolation and constitutes the only hope, that remains for Spain» (73).

III. EL PAPEL DE GRAN BRETAÑA

Cuando se inicia el levantamiento español contra Napoleón Gran Bretaña y España se encontraban en guerra. Pero el gobierno británico no desaprovecha la ocasión que se le ofrece para combatir a los franceses en la Península, si bien la alianza con la Junta Central no se formaliza hasta el 14 de enero de 1809. En principio, los nuevos aliados comparten muchas ilusiones y esperanzas, a pesar de que los patriotas españoles preferían recibir armas antes que tropas británicas, pues no olvidaban lo sucedido con Gibraltar, un siglo

(71) *Travels in the South of Spain*, p. 294. Lord Holland estuvo siempre interesado en que se reunieran las cortes, pero ignoro a qué panfleto se refiere Jacob. En las cartas intercambiadas entre Jovellanos y el noble británico en mayo-junio de 1809 se alude repetidas veces a unos «apuntes» que sobre el particular preparaba el doctor John Allen, médico de la familia Holland. Cf. *Cartas de Jovellanos y Lord Vassall-Holland sobre la guerra de la Independencia (1808-1809)*, con prólogo y notas de Julio Somoza García-Sala. Madrid, 1911, I, págs. 208, 219-220; 229 y 244-245. Acaso puede tratarse de esto.

(72) *Travels in the South of Spain*, pág. 304.

(73) *Op. cit.*, pág. 306 y 361.

antes; los británicos, por su parte, desean la constitución de un gobierno central sólido y que se convoquen las Cortes para acabar así con el carácter revolucionario del alzamiento. Sin embargo, esta euforia inicial da paso a las críticas y reproches mutuos conforme empeora la causa de los aliados: mientras que las autoridades españolas se quejan porque los británicos desean reservarse la conducción de la guerra, éstos insisten una y otra vez en la escasa contribución hispana al esfuerzo bélico común. En este contexto, ha lugar el desastre de sir John Moore en Galicia, con repercusiones negativas en la opinión pública británica (74).

1809 será un año crítico en las relaciones entre los aliados. Coincidiendo con este deterioro se produce la visita de nuestros viajeros a tierras andaluzas; viajeros que, de forma más o menos decidida, van a pronunciarse sobre las diferentes cuestiones que afectaban a la alianza.

1. Simpatía popular por los ingleses

Recordemos que Robert Semple llega a Andalucía después de haber atravesado el territorio portugués. Por lo que da a entender, no fue bien tratado en aquel país. Por eso le sorprende agradablemente la actitud que percibe nada más atravesar la frontera: en Los Santos de Maimona los curiosos asaltan la posada donde se hospeda al grito de ¡Vivan los ingleses! Y se siente tan gatificado por esta acogida que escribe:

«The peasantry of all countries form the true basis of their strength. Their prejudices are strong, generous and obstinate; and amid the fall of the thrones, and the puerile vacillations of Emperors and Kings, it is at least grateful to reflect, that the peasantry of the Peninsula are, in these respects, decidedly English. It may, perhaps, be said with truth, that England alone can destroy these favourable prejudices» (75).

Esta opinión inicial, algo apresurada sin duda, se ve luego reforzada por los comentarios que oye en boca de un oficial francés «emigrado», al que conoce a su paso por Monesterio. Este le asegura que España no será coquis-tada si el pueblo cuenta con el apoyo decidido de Gran Bretaña. Para Semple, este testimonio no puede ser más revelador:

«Knowing how difficult it is ever to eradicate from the mind of a Frenchman the idea of the glory of his country, I felt inclined to attach some weight to this opinion» (76).

(74) Cf. LOVETT, G.H.: *op. cit.*, II, pág. 310-314.

(75) *A second Journey*, pág. 32.

(76) *Op. cit.* pág. 35.

Posteriormente, Semple procura siempre dejar constancia de todas las muestras de simpatía que recibe en el curso de sus andanzas y que interpreta como manifestaciones de afecto a la nación británica: en Alcalá la Real, donde sus anfitriones lloran al conocer la suerte corrida por sir John Moore; en Granada, donde hace su entrada en medio de un cortejo triunfal, o en Málaga, cuyas gentes simpatizaban de antiguo con los ingleses debido a las relaciones regulares que sostenían con Gibraltar (77).

Meses más tarde, sir John Carr aprecia una actitud parecida a su llegada a Cádiz, donde las gentes han vuelto a poner en circulación el viejo dicho del ministro Patiño: *con todo el mundo guerra y paz con Inglaterra* (78). Esta querencia por los ingleses se transforma en apoteosis con motivo de la llegada poco después del nuevo embajador británico Richard Wellesley, marqués de Wellesley y hermano del futuro duque de Wellington. Carr se encontraba en Cádiz aquel 1 de agosto de 1809 y fue testigo de la devoción que sus vecinos manifestaron al embajador (79).

Por su parte, William Jacob sería testigo de la visita que sir Arthur Wellesley hizo a Sevilla y de la corrida de toros que posteriormente se celebraría en su honor en el Puerto de Santa María (80). Es este mismo viajero quien alude repetidas veces a la simpatía que los sevillanos venían mostrando hacia los representantes diplomáticos de Su Majestad Británica, ya se trate de John Hookman Frere, primer embajador, o de su sustituto, el citado sir Richard Wellesley; aunque los mayores afectos serían para el representante «oficioso» Henry R. Fox:

«But Lord Holland, by his benevolence, his amiable manners, his good sense, and the interest he felt in every thing that concerned the welfare of Spain, was idolized, and contributed not a little to establish the high character which the English have acquired» (81).

Finalmente, Jacob también se vio involucrado en episodios en los que su condición de ciudadano británico daba pie a que fuera objeto de singulares manifestaciones de afecto. Concretamente, cuando vuelve de su breve *tour* por tierras del antiguo reino de Granada; en la posada de Casarabonela él y sus compañeros reciben la visita de una delegación de vecinos que desean saludarlos para manifestarles sus mejores deseos. Cuenta el viajero:

(77) *Op. cit.*, págs. 145, 152 y 210 respectivamente.

(78) *Descriptive Travels*, págs. 38 y 39.

(79) *Op. cit.*, págs. 108 y 109.

(80) *Travels in the South of Spain*, págs. 134-135 y 172-175. Sir Arthur Wellesley hizo una escapada a Sevilla-Cádiz entre el 2 y el 9 de noviembre de 1809. Cf. *Wellington y España*, pág. 99, nota 1.

(81) *Travels in the Sout of Spain*, p 189.

«I never was wore struck with Spanish bombast than on this occasion. The spokesman of the party harangued them in lofty terms; and said, that but for the intervention of England, Málaga, and all their country, would have been conquered by the enemy last year, and nothing but the arms of England now preserved them from destruction: he continued his harangue by stating, that he had been in England lately (meaning Gibraltar, which the people here designate by that name), where he saw el General, pointing to me, at the head of ten thousand men, all clothed in scarlet, and who moved as through they were one man; that he saw el Coronel, pointing to Mr. Michell, commanding hundreds of cannon, which the men pointed with the facility of a musket; and continued paying us such extravagant compliments, and uttering such pious wishes for our prosperity, that it rendered the whole scene completeley ludicrous to us, though it appeared interesting to the rest of his auditors» (82).

2. La ayuda militar

Cuando la Junta Central se establece en Sevilla, el embajador Mr. Frere quiso convencerla sin mucho tacto para que aceptase la instalación de una guarnición británica en Cádiz, pues se temía una inminente ofensiva francesa sobre Andalucía (83). A este incidente alude W. Jacob durante los últimos días de su estancia en nuestro país, cuando Cádiz está a punto de sufrir la embestida de los ejércitos imperiales: el viajero recuerda que doce meses antes el gobierno británico había propuesto situar tropas propias en Sierra Morena, siendo necesario para esto guarnecer previamente la plaza gaditana; pero la Suprema rechazó esta oferta con gran aplauso de la población, la misma que ahora reclama insistentemente la venida de algunos regimientos de «casacas rojas» (84).

El tema de la desconfianza española respecto al nuevo aliado, de la que emana de las autoridades al menos, no podía estar ausente de los relatos que manejamos aquí. Y encuentra un buen exponente cuando los viajeros tocan el tema de Gibraltar. Robert Semple pasó tres semanas en el Peñón dedicado a unas actividades cuya naturaleza silencia; pero, eso sí, tuvo tiempo de contemplar el despojo perpetrado sobre las antiguas líneas españolas, que cortaban el istmo de acceso a la colonia británica, y cómo las armas y pertrechos habían sido apiladas junto a las puertas de entrada a la playa. En este sentido, escribe:

(82) *Op. cit.*, pág. 319 y 320.

(83) LOVETT, G.H.: *Op. cit.*, I, pág. 313; II, pág. 316.

(84) *Op. cit.*, págs. 374 y 375. Tropas británicas y portuguesas llegaron a Cádiz a mediados del mes de febrero. Cf. LOVETT, G.H.: *Op. cit.*, I, pág. 334.

«Whether these trophies were voluntarily given up by the Spaniards, or exacted by the English as tokens of mutual confidence and esteem, it might perhaps be hard to determine. They naturally give rise, however, to many reflections whilst with such laudable and minute care this artillery had been brought away from a point where it could be of little service to an army, whole shiploads of cannon and bullets have been sent from England to Spain. These appeared to me something very like an insult in piling them up just within the gates of the principal entrance, and when they must be passed by every Spaniard who enters the fortress by land» (85).

Semple critica esta inútil exhibición de armas desaprovechadas porque su país está gastando mucho dinero en dotar de armamento a las fuerzas españolas, pero en ningún momento se plantea al papel que juega Gibraltar en manos británicas ahora, cuando ha desaparecido la vieja enemistad con España. No es éste el caso de sir John Carr, que aprovecha su paso por la Roca para convencer a sus lectores de que las circunstancias no han cambiado a pesar de la alianza, que Gran Bretaña debe mantener su presencia en esta plaza y, a ser posible, fortalecer su dominio sobre el Estrecho mediante la ocupación de Ceuta (86). La falta de confianza en la capacidad militar española es la que motiva, precisamente, el intento de ocupar el presidio ceutí más tarde, al llegar la noticia de que los franceses han entrado en el valle del Guadalquivir, según cuenta William Jacob. Aunque esta empresa no se lleve a cabo, lo cierto es que no ayudaría a mantener las buenas relaciones entre los aliados (87).

Pero, volviendo al tema de la ayuda militar británica, Robert Semple es el único de los viajeros que se pronuncia claramente sobre el particular. En las *General Reflections* que siguen a la narración de su viaje andaluz se muestra partidario decidido de una intervención masiva de sus compatriotas en la guerra peninsular. Se trata de una larga digresión en la que se pueden distinguir dos partes: de un lado, critica la política que su gobierno ha seguido hasta el momento en esa materia; de otro, se atreve incluso a proponer un plan de acción de su propia cosecha, el cual justifica en virtud de las experiencias que ha acumulado a lo largo de su viaje.

(85) *A Second Journey*, págs. 259 y 260. Este testimonio, sin embargo, se contradice con el que aporta Jacob, el cual escribe que las piezas de artillería habían sido enviadas a Valencia y las municiones se habían gastado en la batalla de Bailén. Cf. *Travels in the South of Spain*, págs. 208 y 209.

(86) *Descriptive Travels*, págs. 117-119.

(87) *Travels in the South of Spain*, pág. 357. Lord Blayney cuenta que en vísperas del ataque a Fuengirola sus tropas fueron alojadas en la ciudadela de Ceuta, que dominaba la ciudad, y de donde habían sido retirados todos los cañones por temor a un engaño de parte británica. Cf. *Narrative of a forced journey*, I, pág. 7.

Desde su punto de vista la decepción reinante en Gran Bretaña no es sino el fruto de las expectativas extravagantes que había provocado la primera ebullición popular española, pues ¿cómo pretender que generales sin nombre, al mando de levas campesinas, pudieran vencer al mejor ejército de Europa? Más lamentable resulta todavía que la opinión pública británica haya basculado luego hacia la posición contraria, en la que todo son críticas que él, el viajero, no considera justas: si no se censura a los prusianos o austríacos cada vez que son batidos por Napoleón, ¿por qué se hace lo contrario con los españoles? No obstante, añade Semple, el verdadero problema reside en definir el carácter de la intervención militar británica en el conflicto peninsular: si el gobierno de Su Majestad pretende sólo «auxiliar» a los patriotas, mejor será que envíe exclusivamente fuerzas de caballería y artillería, las cuales requieren una técnica de la que carecen los militares españoles. Aunque el viajero opina que sus compatriotas deben asumir la dirección de las operaciones militares y actuar siempre como «principales» en lugar de «auxiliares», pues está seguro de que gracias a la geografía y a las simpatías de la población, los británicos pueden derrotar aquí a Napoleón, si se empeñan lo suficiente en la empresa (88).

Llegado a este punto, Semple ofrece su propio plan de acción, que, en cierto modo, sirve para justificar ante sus lectores el viaje que acaba de realizar. En este sentido, comienza afirmando que Andalucía «will certainly form the last retreat of Spanish liberty» y describe, acto seguido, sus posibles líneas de defensa, para cuyo mejor aprovechamiento sería necesario contar con levantamientos topográficos a cargo de expertos. Sólo de esta manera podrá justificarse el empleo de un nutrido ejército británico, en cuyos regimientos deberían incluirse batallones suplementarios de españoles, confiando en que el deseo de emulación hará el resto (89). Y concluye:

«Let us not be told about the Spanish pride or the necessity of obtaining the consent of the Junta. The former is the very engine with which a skilful hand may move the whole nation; and as to the latter, it is evident that England has only to ask in order to obtain the permission» (90).

3. Intromisión en los asuntos internos españoles

El lector recordará que Robert Semple no era partidario de que se interviniera en la política interna española, lo cual no debe sorprender a la vista de cuáles son sus verdaderos intereses. Sin embargo, las posturas de sir John Carr y William Jacob van a ser diferentes, mostrándose más de acuerdo con

(88) *A Second Journey*, págs. 272-281.

(89) *Op. cit.*, págs. 281-284.

(90) *Op. cit.* pág. 285.

la posición oficial del gobierno británico. Este, a pesar de que otorga prioridad a la cuestión militar sobre el cambio político-administrativo, no tarda en entender, a través de los informes del embajador Frere, que para conseguir lo primero es preciso resolver antes la segunda cuestión. De ello tomará rápidamente conciencia su sucesor, el marqués de Wellesley, que llega a Sevilla en agosto de 1809 (91).

Sir John Carr celebra la venida del segundo de los hermanos Wellesley, al que considera hombre experimentado en virtud de los cargos que ha desempeñado en el gobierno de la India, y espera del mismo que sea capaz de meter en cintura a los miembros de la Junta Central más conocidos por «their vulgar craft, unmanageable pertinacity, insatiable corruption, and sottish lust of dominion» (92). La verdad es que sir Richard Wellesley no tarda en convencerse de que la Junta Suprema es incapaz de controlar la situación y dirigir las operaciones militares: en su correspondencia oficial hace frecuentes alusiones sobre la ineficacia del gobierno de Sevilla y plantea la conveniencia de que sea sustituido por un ejecutivo fuerte; pero no desea derribar la Junta por la fuerza y espera que sean los propios patriotas, descontentos, quienes lo hagan (93).

A esto alude William Jacob en su carta VI (Cádiz, septiembre de 1809) cuando afirma que en la ciudad se comenta que el embajador guarda una neutralidad exquisita respecto a las facciones existentes en el seno de la Junta Central, lo cual disgusta a los gaditanos, que verían con agrado que el marqués interviniera para lograr el establecimiento de un gobierno más enérgico y eficaz (94). Poco más tarde, ya en Sevilla, se hospeda en casa del comerciante Wiseman, de origen irlandés, donde trata con miembros del squito del embajador, por medio de los cuales se entera de que éste se ha visto inmerso recientemente en dificultades: algunos líderes sevillanos, descontentos con la Suprema, han organizado una conjura para derrocarla e informan del asunto al marqués de Wellesley para que los apoye. Pero Sir Richard, a pesar de que simpatiza con ellos, no olvida que representa al gobierno británico; también tienen presente que no puede guardar silencio y alegar luego, en caso de que la conspiración siga adelante, que no sabía nada. Por eso, denuncia

(91) LOVETT, G.H.: *Op. cit.*, II, pág. 217.

(92) *Descriptive Travels*, p. 110. Esa experiencia administrativa del marqués preocupa, no obstante, a Lord Holland, que al enterarse meses antes de su nombramiento, escribe a Jovellanos: «Me parece grande ventaja que sean hermanos el General en jefe y el Embajador en España, y no me pesará su embajada si no trae consigo ciertas ideas orientales que no se deben escuchar cuando están Vms. formando sus Cortes y su Constitución». Cf. *Correspondencia entre Jovellanos y Lord Vassall-Holland*, I, pág. 166.

(93) LOVETT, G.H.: *Op. cit.*, I, págs. 314-314 y II, pág. 319.

(94) *Travels in the South of Spain*, pág. 34.

el hecho ante la Suprema y consigue el perdón de los encartados en el fallido golpe (95).

A la vista del testimonio que proporciona Jacob, parece evidente que ciertos sectores de la sociedad andaluza deseaban que el embajador británico protagonizara ese «golpe de fuerza». Un supuesto que confirma Sir John Carr, que se encontraba en Granada a fines de agosto de aquel año, cuando relata cómo circuló a *velocidad eléctrica* la noticia, luego desmentida, de que el marqués de Wellesley había disuelto la Junta Suprema y nombrado en su lugar un Consejo de Regencia (96). De todas maneras, el sentimiento favorable a que los británicos se entrometieran en la política interna española era algo que sólo se manifestaba dentro de las capas medias y altas, dentro de los círculos que nuestros viajeros solían frecuentar, y del que no tenía por qué ser partícipe el resto de la población andaluza. Y nuestros viajeros lo sabían, mostrándose cautos cuando el tema salía a relucir en sus contactos con las clases populares. Cuenta Sir John Carr que mientras comían en la posada de Vélez Rubio, fueron visitados por una representación de los vecinos del lugar que deseaban saludarlos y conocer lo que los ingleses querían hacer en España. Escribe el viajero:

«They talked sensibly of their own situation, and our views in protecting them. We assured them that our countrymen, under their gallant commander Lord Wellington, were again ready to spill their blood in their cause; that they only wished to relieve them from the yoke of France; that we were convinced that no changes would be attempted by our government in their constitution; and that, confining ourselves to a mere amicable offer to advice on that important subject, all attempt at amelioration would be left to themselves. They seemed much pleased, and withdrew to leave us to our repast» (97).

Epílogo

En el prefacio de la obra de W. Jacob, el autor señala que sus opiniones sobre la naturaleza del gobierno y la disposición del pueblo español se han

(95) *Op. cit.*, págs. 57-59. Se trata de la conspiración encabezada por el duque del Infantado que, a principios de septiembre de 1809, informa de sus planes al marqués de Wellesley. Pero éste lo denuncia ante el secretario de estado Garay. Cf. LOVETT, G.H.: *Op. cit.*, p. 320. Sin embargo, cuando Jacob, vuelve a Londres, redacta el prólogo del libro, que lleva fecha de 1 de marzo de 1811, señala que una *respectable authority* le ha advertido que el marqués no tuvo nada que ver con este frustrado golpe de estado. Cf. *Travels in the South of Spain*, págs. vi y vii.

(96) Y añade que fue grande el desencanto de los granadinos al saberse que esto no era cierto. Cd. *Descriptive Travels*, págs. 181 y 182.

(97) *Op. cit.*, pág. 197.

visto confirmadas luego por todos aquellos que han visitado la Península. A modo de prueba remite a un apéndice en el que se incluye una carta del embajador Wellesley al «premier» Canning, de 15 de septiembre de 1809, en la que el marqués empieza por afirmar que ningún ejército británico puede intervenir en territorio español «unless some important change take place in Spain». Y añade que a pesar de estar convencido de que las fuerzas aliadas deberían contar con un mando único, británico, esto no debe plantearse abiertamente por el momento ya que levantaría una serie de resquemores que sólo beneficiarían al enemigo francés. Con ello hace referencia a la actitud de las clases altas y medias, a las que considera filofrancesas o, en el mejor de los casos, partidarias de acomodarse a lo que venga. El pueblo, por el contrario, se muestra bastante bien dispuesto hacia los ingleses. Esto hace más lamentable la incompetencia de la Junta Suprema, cuya sustitución por un exiguo consejo de regencia se ha atrevido a proponer al ministro Garay, aprovechando la circunstancia de que éste le había pedido su parecer sobre la situación; y aprovecha asimismo para sugerirle que se reúnan cuanto antes las cortes generales (98).

Si se revisa el ideario de Jacob, no cabe duda que coincide bastante con lo expuesto por el marqués de Wellesley. Aunque el viajero, que aboga por la reforma política, se inclina más hacia un gobierno fuerte, una especie de cesarismo capaz de encauzar el entusiasmo popular y en el que no hay cabida para una reforma legislativa en profundidad.

Esta opinión contrasta con las de Semple y Sir John Carr, sobre todo con la del primero, que no era partidario de inmiscuirse en la política española. Pero todos los viajeros coinciden a la hora de no compartir el entusiasmo de Lord Vassall-Holland, que estaba convencido de que la restauración de las antiguas libertades estimularía el deseo de luchar contra los franceses. Cabría preguntarse, pues, si habrían modificado sus puntos de vista al respecto de haberse encontrado en Andalucía un año más tarde, cuando la resistencia de Cádiz a los ejércitos imperiales y la actividad de las Cortes allí congregadas se convierten en el símbolo que mantiene vivo el espíritu de la insurrección en el resto del país. La pregunta viene a cuento si recordamos el testimonio de otro «viajero» británico nada sospechoso de liberalismo. Se trata de Lord Blayney, par de Irlanda y comandante de una fuerza angloespañola, que había sido hecho prisionero en Fuengirola y conducido a Granada, donde permanecerá buena parte del otoño de 1810. Cuando narra la dureza de la ocupación francesa en Andalucía subraya que el espíritu de resistencia no mengua debido a los ánimos que insuflan las cortes gaditanas. Y recordando lo ocurrido un cuarto de siglo antes en América del Norte, escribe:

(98) *Travels in the South of Spain*, pág. v y vi, y Apéndice, págs. 15-30. Jacob tuvo acceso a esta carta al haber sido publicada para consumo de los miembros del Parlamento. Véase, también *Dispatches*, págs. 119-135.

«It was a similar confidence in their Congress that carried the Americans through every difficulty to final success, and similar causes produce similar effects» (99).

Blanca KRAUEL HEREDIA

LITERATURA

(99) *Narrative of a forced journey*, I, págs. 168 y 169.

